

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Dos pabellones de maternidad, de construcción idéntica, contiguos, se elevaban en el año 1846 en medio de los jardines del Hospicio general de Viena. El profesor Klin dirigía uno de ellos; el otro, desde hacía casi cuatro años, se encontraba bajo la dirección del profesor Bartch.

A través de estos jardines cubiertos de nieve, sometidos a la helada de un viento implacable, se presentó Semmelweis a su nuevo servicio en la mañana del 27 de febrero.

Semmelweis ya esperaba encontrar en esta especialidad más tristezas de las que había conocido hasta entonces en cirugía, pero no podía imaginar a qué alturas de emoción, con qué intensidad dramática se desarrollaba la vida cotidiana en el pabellón del profesor Klin.

A partir del día siguiente, Semmelweis se vio atrapado, arrastrado, magullado por la danza macabra que no se interrumpía jamás entre estos dos terribles pabellones. Era un martes. Semmelweis tuvo que encargarse de las admisiones de las mujeres embarazadas, procedentes de los barrios más populosos de la ciudad.

Evidentemente, las únicas mujeres que se resignaban a parir en un hospital de tan triste fama eran las de condición absolutamente miserable.

Por sus angustiadas confidencias, Semmelweis supo que si los riesgos de la fiebre puerperal eran ya considerables en el pabellón de Bartch, en el de Klin y durante ciertos periodos los riesgos de muerte equivalían a la certeza.

Estos datos, que se habían convertido ya en clásicos entre las mujeres de la ciudad, constituyeron desde aquel momento el punto de partida de Semmelweis hacia la verdad.

La admisión de las mujeres que se hallaban en “labores de parto” tenía lugar por turnos de veinticuatro horas en uno u otro pabellón. Aquel martes, desde que sonaron las cuatro, el pabellón Bartch cerró sus puertas, y abrió las suyas el de Klin...

A los pies mismos de Semmelweis tuvieron lugar entonces escenas tan conmovedoras, tan sinceramente trágicas, que uno se sorprende al leerlas, y a pesar de todas las razones en contra, de que alguien pueda no albergar un entusiasmo absoluto por el progreso.

«Hacia las cinco de la tarde», explicó más adelante a propósito de este primer día, «una mujer se ve aquejada bruscamente de dolores en la calle,... No tiene domicilio propio..., se apresura a ir al hospital y comprende inmediatamente que llega demasiado tarde..., hela aquí suplicando, implorando que la dejen entrar en el

SEMMELWEIS

pabellón de Bartch en nombre de su vida, que pide en beneficio de sus otros hijos... El favor le es negado. ¡Y no es la única!»

A partir de este momento, la sala de admisiones se convierte en una hoguera de ardiente desolación, en la que veinte familias lloran, suplican... y a menudo se llevan por la fuerza a la mujer o a la madre que habían traído.

Casi siempre prefieren que dé a luz en la calle, donde los peligros son realmente mucho menores.

Al pabellón de Klin, en definitiva, sólo van aquellas mujeres que llegan a estos últimos instantes sin dinero, sin apoyos, siquiera el de un brazo para sacarlas de aquel lugar maldito. En general son los seres más oprimidos, los más reprobados por las intransigentes costumbres de la época: son casi todas madres solteras.

[...]

La lúgubre fatalidad que reina en el pabellón de Klin envuelve a Semmelweis a partir de entonces. Es una fatalidad que aplasta a los hombres, a las mujeres y las cosas que se agitan en este perímetro. Sólo él rechaza el Destino y no es aplastado, pero sufre por ello mucho más que todos los demás, en todas las épocas, ya sea en Viena o en París, en Londres o en Milán. Todos ellos, tarde o temprano, bajaron la cabeza al paso de la fiebre puerperal. Hipócritamente, ocultos en la sombra indiferente, pactaron con la Muerte. Y si los más sabios se descuelgan aún de vez en cuando con propuestas sutiles, es porque han agotado los escasos recursos de sus escasos talentos, y como no consiguen nunca nada regresan pronto a la ronda oficial. ¡La fiebre de las parturientas! ¡Terrible divinidad! ¡Detestable! ¡Y sin embargo tan habitual!

Por fuerza, debía parecer que pertenecía al orden de las catástrofes cósmicas, inevitables...

Los piadosos y despreciables rutineros la veían, sin reconocerlo demasiado, como una especie de tributo doloroso que a menudo pagaban las mujeres del pueblo a cambio de su entrada en la vida maternal.

A veces, personas ajenas a los hábitos profesionales se indignan, se trastornan, hacen mucho ruido...

Fue entonces cuando se nombraron las Comisiones.

Éstas reunieron siempre a sabios responsables.

¡Qué fácil es jugar a representar de forma ridícula todas estas Comisiones sucesivas, interminables! Tratemos más bien de apreciar sus esfuerzos.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Éstos fueron vanos, como de costumbre, durante el recrudecimiento puerperal de 1842 en el pabellón de Klin, cuando en agosto sucumbieron el 27% de las parturientas, el 29% en octubre del mismo año y en el mes de diciembre se alcanzó incluso la media de 33 muertes por cada 100.

Muchas otras Comisiones habían hecho aguas ante este mismo y eterno problema. Entre todas las que se reunieron, una de las menos ineficaces fue tal vez la que convocó Luis XVI durante la epidemia puerperal de 1774 que diezmo el Hôtel-Dieu de París. En esta ocasión se dio la culpa a la leche, y el colegio de médicos de París hizo proponer al rey, como remedio a esta epidemia, el cierre de todas las maternidades, así como el alejamiento de las nodrizas.

No estaba muy bien, no estaba muy mal.

También en Viena, en el mes de mayo de 1846, se convocó de urgencia una Comisión Imperial, pues las estadísticas indicaban esta vez series mortales del 96% en el pabellón de Klin. ¿Qué pensar de todos los que formaban parte de estas Comisiones? ¿Eran todos personalmente tan ignorantes, tan incapaces sobre todo como los remedios que proponían? En absoluto. Pero carecían de genio, y hacía falta mucho para desenredar las madejas patológicas antes de que Pasteur prestara su luz a los mediocres.

¿Pero acaso no es necesario siempre el genio ante las grandes circunstancias de este mundo, cuando todo el torrente de los poderes materiales y espirituales, oscuros, confusos, arrastra a los hombres en masas aullantes, aunque dóciles, hacia fines mortíferos? Bien pocos entre los más dotados saben hacer otra cosa que distinguirse por seguir un camino más rápido hacia el abismo o por lanzar un grito más estridente que los demás. Rarísimo es el que, en medio de esta obsesión ambiental que acostumbra a llamarse Fatalidad, osa buscar y encuentra en sí mismo la fuerza necesaria para afrontar el Destino común que le empuja. En la sombra encontrará la clave de misterios antes temibles. Casi siempre la descubre quien la desea con fe suficiente, pues esa clave existe siempre, y el torrente de las fatalidades se desvía por su audacia hacia otras ignorancias, en espera de que surja otro genio.

Semmelweis escogió para sí esta tarea, a la medida de sí mismo y de su tiempo. Más adelante, él mismo cobró una conciencia bien clara de su papel entre los hombres.

«El destino me ha escogido —escribió— para ser el misionero de la verdad en cuanto a las medidas que deben tomarse para evitar y combatir la plaga puerperal. Hace tiempo que he dejado de responder a los ataques de los que soy constantemente objeto; el orden de las cosas demostrará a mis adversarios que tenía toda la razón, sin necesidad de que participe en polémicas que no pueden prestar ya ningún servicio al progreso de la verdad.»

SEMMELWEIS

Estamos habituados a declaraciones igual de solemnes en otros dominios, por parte de pensadores o políticos, pero que no se fundan en ningún hecho preciso o invariable; que no son, en suma, más que juegos literarios. Ésta en cambio constituye un hito definitivo de nuestra biología.

Pero regresemos a la época en la que hemos dejado a Semmelweis, es decir, hacia 1846. Está lejos aún de poseer esta magnífica seguridad en sí mismo. Al contrario, en este momento todo es contradictorio e incoherente a su alrededor. Busca en los informes de la Comisión Imperial. Ni uno solo de los remedios finalmente propuestos por ésta y ensayados en la práctica da resultado. Ni siquiera un atisbo de esperanza.

Semmelweis queda abandonado a sus propios recursos.

Procede entonces por eliminaciones sucesivas del Pasado, eliminando los errores y las mentiras que recubren la verdad, uno tras otro, apartándolos como las hojas muertas que entierran la flor que busca. Con un primer mojón, y de una vez por todas, dejará marcado el que será el punto de partida de su espíritu hacia el descubrimiento: *Se muere más en el pabellón de Klin que en el de Bartch.*

Todo el mundo antes que él lo había observado, pero nadie se había detenido tan formalmente en ello. Él en cambio juzga que es el único hecho cierto en esta tragedia donde todo es oscuro. De este hecho partirá siempre y a este hecho volverá siempre para reencontrarse. Sin embargo, las cien pistas que se le proponen no llevan más que a extravíos. Él las rechaza todas. Por último, cuando a fuerza de persuasión y a menudo, lamentablemente, de brutalidad, termina por imponer este mismo punto de partida a todos los que quieren o fingen querer ayudarle, las soluciones comienzan a afluir. Todos rivalizan a su alrededor en ingenio, o más bien en orgullo. «Si se muere menos en el pabellón de Bartch», pretenden estos buenos espíritus, en su temor a verse superados, «es porque el tacto es practicado allí exclusivamente por alumnas de comadronas, mientras que en el de Klin los estudiantes proceden sin ningún cuidado a las mismas manipulaciones con las embarazadas, y provocan con su brutalidad una inflamación fatal». Por entonces se creía firmemente en la inflamación como etiología de la fiebre puerperal.

¡Hurra! ¡El mundo estaba salvado!

Semmelweis aprovecha inmediatamente la ocasión que le ofrecen sus émulos y pasa a las deducciones prácticas.

Las comadronas que realizaban sus prácticas en el pabellón de Bartch son intercambiadas con los estudiantes de Klin.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

La muerte sigue a los estudiantes, las estadísticas de Bartch se vuelven angustiosas y Bartch, alarmado, devuelve a los estudiantes al lugar de donde venían.

En este momento, Semmelweis sabe (y los demás también si quisieran) que los estudiantes juegan un papel de primera importancia en este desastre. Ya es mucho. Es el detonante también para que se abata sobre él una lluvia de consejos. Incluso Klin, que comienza a inquietarse ante las revoluciones que quiere provocar su asistente en su feudo maldito, Klin, cuya actividad obstétrica está rodeada por una trágica reputación en toda Austria, trata entonces de explicar que son los estudiantes extranjeros los que propagan la fiebre puerperal.

Siguiendo los deseos del director médico, se ordenan algunas expulsiones y el número de estudiantes pasa de cuarenta y dos a veinte, como consecuencia de la marcha de los extranjeros.

Con posterioridad a esta medida, la tasa de mortalidad baja durante algunas semanas...

Piensen en lo engañosa que puede llegar a ser una pequeña mejoría de este tipo para quien observa con pasión la superficie de lo Desconocido. Sólo falta que el espíritu del investigador se detenga en ella más de lo que debería, que se pierda en deducciones inútiles, y he aquí el pobre carromato de la investigación atascado en las dudas, en el caos, enfangado por largo tiempo, para siempre tal vez.

No es éste el caso de Semmelweis, que gracias a Dios es un hombre de genio.

Va más allá de estas insignificancias, quiere algo más, quiere ver absolutamente claro, lo quiere con una violencia excesiva.

Su entusiasmo no conoce matices. Su torpeza en las formas le vale la acusación de intolerancia, de falta de respeto hacia Klin. Por desgracia, eso también es verdad.

Algunos encuentran insoportable su orgullo; dirán que juega «con el huevo de Cristóbal Colón». En su ardor investigador, Semmelweis se aparta de la vida corriente, la ignora, sólo existe ya pasionalmente, y lo hace con tal fuerza, con tal firmeza, que vuelve una y otra vez al único hecho demostrado, sensible, según el cual «se muere más en el pabellón de Klin con los estudiantes que en el de Bartch con las comadronas». Lo repite a todos sin descanso, quieran o no quieran escucharle: «Las causas cósmicas, telúricas, higrométricas que se invocan a propósito de la puerperal no pueden tener ningún valor pues se muere más en el pabellón de Klin que en el de Bartch, más en el hospital que en la ciudad, a pesar de que las condiciones cósmicas, telúricas y todo lo que se quiera son las mismas».

SEMMELWEIS

Un día, a lo lejos, percibe un resplandor leve pero seguro en medio de toda esta oscuridad. No se sorprende siquiera, lo reconoce. [...]

«La causa que busco está en nuestra clínica y en ninguna otra parte». Así se lo dijo a Markusovsky la noche del 14 de julio de 1846.

Entretanto, se han despertado contra él sentimientos humanos hostiles, sin que él lo sospeche o tal vez por haberlos menospreciado. Una marejada perversa se agita alrededor de su nombre. Las palabras que se pronuncian para calificar su actitud ya no ocultan del todo el odio que suscita.

Y éste se desborda en silencio.

Klin ha dejado de hablarle, a tal punto se han agriado sus relaciones en el espacio de cinco meses. En ocasión de una reunión de profesores, le empuja a decir, tal vez para ponerle en evidencia, que la causa que busca para las epidemias puerperales debe hallarse en la antigüedad de los locales. Semmelweis le hace admitir inmediatamente, y sin ningún miramiento, que en la clínica de Boërs, la más antigua de Viena, se muere sin duda mucho menos que en la suya.

Era de esperar que Klin se girase definitivamente contra él bajo el golpe de esta nueva insolencia.

A partir de este momento, no hará más que buscar la oportunidad para lograr la revocación de su asistente. Semmelweis está advertido de ello; desde este momento y hasta su marcha iba a pasar todas las noches en la clínica, en la cabecera de las parturientas y sobre todo cerca de las moribundas, presintiendo que sus días en el hospital estaban contados.... Que si la verdad estaba allí, al alcance de su mano, todavía no la había agarrado con la fuerza suficiente para hacerla salir del silencio en el que se hundía de mil maneras distintas...

También se da cuenta de que sus enemigos, cada día más numerosos, se ríen de sus esfuerzos y de que deberá lograr un éxito incontestable, a cualquier precio, rápido... o bien recaer más bajo aún en el rebaño pasivo donde es incapaz de vivir...

Los días y las noches se suceden, horribles, sobre todo las noches...

Cuando Markusovsky va a verle, le confiesa que ya no puede dormir, que el sonido desesperante de la campanilla que precede al sacerdote con el viático ha penetrado para siempre en la paz de su alma. Que todos los horrores de los que es testigo impotente día tras día le hacen la vida imposible. Que no puede seguir en este estado en el que todo es oscuro, en el que lo único preciso es el número de los muertos.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Y todo el mundo oye esta campanilla. Llegado el momento, también se la acusará (¿hay algo que se salve de las acusaciones?) de propagar entre las parturientas un estado de ansiedad que las predispone a la fiebre puerperal. Temporalmente, la campanilla es suprimida. El sacerdote da un rodeo para llegar a la cabecera de las moribundas.

Después de ésta, otra sutileza autoriza nuevas esperanzas. ¿Quién no ha observado que las mujeres que no están casadas, las madres solteras, están más deprimidas que las demás cuando se acerca el parto? ¡He aquí una excelente razón, proclaman los psicólogos! Un mes o dos más tarde le tocó el turno al frío (después al calor, después a la dieta, después a la luna) de ocupar el lugar del culpable.

Mientras se sucedían todas estas tentativas ridículas y escasamente sinceras, Semmelweis observaba que las mujeres que daban a luz por sorpresa en la calle y no iban al pabellón de Klin hasta más tarde se salvaban casi siempre, incluso en medio de las temporadas llamadas de epidemia.

Sabiendo ya por su experiencia previa que sobre los estudiantes pendía una maldición especial, se dedicó a observarlos muy de cerca, cada vez de más cerca, en todas sus idas y venidas, en todos sus gestos. Al mismo tiempo se acordó, con buena razón pues había vivido largo tiempo en medio de disecciones, siendo alumno de Rokitanski, de esos cortes a menudo mortales que se hacen los propios estudiantes con instrumentos sucios.

Sus ideas se precipitan [...]